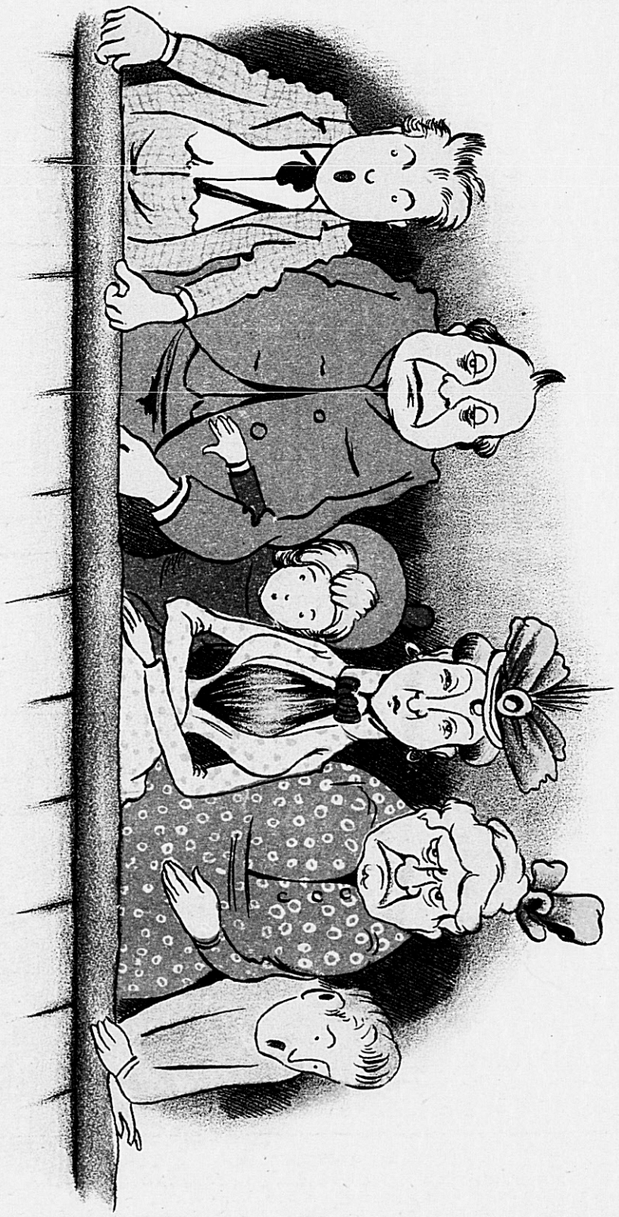


NOCHES DE ESTRENO

Media docena de espectadores
todos amigos de los autores.

714

LA SAETA

6 OCT 1973



20 CIMS

MISCELÁNEA

Kiosco LA ● SAETA

RAMBLA DEL CENTRO
FRENTE CALLE DE FERNANDO

Gran surtido de tarjetas postales, láminas de la República, retratos del Rey, venta de toda clase de semanarios ilustrados y demás periódicos.

La señora Propietaria de este kiosco, á más de LA SAETA, recibe

Heraldo de Madrid, Heraldo Taurino, Heraldo de la Rioja, Heraldo de Aragón, Correo de Valencia, La Caza Ilustrada, El Enano, Don Jacinto, Los Cómicos, Arte y Esport, Rosa y Azul, Diario de la Marina y el popular *Vox Populi.*

En este kiosco, además del cupón que se entrega por cada cinco céntimos de gasto, se hacen diferentes regalos.

Juanito le dice á su niñera, que se fué á su pueblo á pasar las Pascuas:

—Si hubieses estado aquí por Navidad, habrías visto los aguinaldos tan bonitos que me han regalado.

—Ya los veré el año que viene.

—¡Ca!... Nosotros no tenemos las criadas tanto tiempo.

⁂

Una doncella de labor dice á su señora:

—¿Quiere usted prestarme una novela para leer durante mis ratos de descanso?

—Sí; te la daré en seguida.

Al día siguiente:

—Señora, ¿quiere usted concederme algunos ratos de descanso para leer la novela?

⁂

—Pero, señora, ¿á los quince días de morir su esposo, permite usted que la galantee un individuo?

—¡Qué quiere usted! Estoy en tal situación, tengo tanta pena, que ni sé lo que hago, ni lo que digo, ni si me hablan, ni... nada.

⁂

Indudablemente, marquesa, en su rostro de usted se refleja la nobleza más aristocrática.

—¿Ha querido usted decir con eso que mi cara es un pergamino?

⁂

Conversaban unos labriegos sobre el modo de vaticinar las lluvias, y uno de ellos dijo:

—Yo tengo el tejado lleno de goteras En cuanto siento que me cae agua en la cama, digo: «¡Hola! lluvia tenemos»; y nunca lo yerro.

⁂

Charaditas

I

Tres-cuatro todo que recibí,
me han gu-tado, porque sí;
aunque la *prima-dos-tercia*
que tenían, mala erp.

II

Oye, *dos*, decía *todo*
á su buen amigo Herrera,
¿te has fijado de qué modo
está esa *tercera-cuarta*
sobre esa *tercia-primera?*

III

Prima segunda-tercera
de tal manera ese hombre,
imposible darle *todo:*
si la quiere, que la compre.

RUBIO

⁂

Fuga de vocales

H. d. j.r.r p.r l.s cr.c.s
q.. l. h.c..r.n .n l.s m.n.s
c..nd. .st.b. .n l. .g.n..,
q.. m. c.r.ñ. .r. s.nt.

UN QUITOLIS

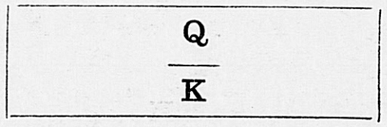
⁂

Jeroglíficos comprimidos

I



II



E. NAVAS

Soluciones á lo insertado en el núm. 713

CHARADA.—Caridad.
JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS.—I, Solomillo.—II, Cuartel.
LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Filemón.
FUGA DE VOCALES:

El bruto de Paco Peco
pega á Juana como un loco
y ayer tarde dijo Teco:
—Paco Peco pega poco.

AÑO XV BARCELONA 28 DE JULIO DE 1904 NÚM. 714



LA tierra tembló, el sol se obscureció, las nubes chocaron con estrépito salvaje... y los japoneses volaron por las nubes en número de treinta mil.»

Esto leí en un periódico y me quedé más asustado que una rata; porque la verdad, la cosa se las trae.

Así es la guerra de hoy, terrible, espantosa y cruel.

Porque es lo que yo digo: Entre todos aquellos japoneses que volaron, habría algún honrado padre de familia que no se metiera en nada.

Pero la dinamita no respeta á nadie. Sus entrañas, son las de la tierra donde la sepultan, estrechándola con poderosa mano, para que cuando estalle, cansada de sufrir la cárcel, sea la desolación y el espanto de cuanto pille á su lado.

En otro periódico he leído que aun no se sabe nada de los treinta mil japoneses que volaron y hasta se asegura que un teniente de artillería rodada dijo, al verse en el aire, á su asistente:

—¡Ya escribiré en llegando!

Pero hasta la fecha no se ha recibido carta alguna.

Esto trae muy preocupados á tres sabios ingleses, los cuales piensan descubrir á todo trance el paradero de este numeroso ejército.

Uno de estos sabios, quizás el que más cosas tiene en la cabeza de los tres, ha alquilado la chimenea más alta de una fábrica de Londres, y allí han establecido su observatorio.

Con aparatos perfeccionadísimos, traspasan los densos crespones de las nubes, inspeccionando concienzudamente lo que pasa en su interior.

Pero todo ha resultado inútil. No encuentran un japonés por un ojo de la cara.

Así han estado catorce días con sus noches correspondientes, haciendo observaciones y tomando notas en la punta de la chimenea.

Y ya habían perdido las esperanzas, cuando el sabio que se apoyaba contra el pararrayos dió un grito horrible y se le partieron las gafas.

—¿Qué ocurre compañero?—dijeron á la vez los dos sabios dejando sus instrumentos.

—¡Una chispa eléctrica que me ha tostado la espalda!

—Veamos lo que es,—siguió el más sabio.

Y quitándole la levita, que por cierto, estaba hecha pedazos, vieron con asombro que aquel buen señor presentaba en las costillejas unas quemaduras ó garabatos.

—Esto es un telegrama japonés, que ha llegado por medio de la telegrafía sin hilos,—murmuró el gran sabio, fijándose en aquellos intrincados caracteres.

—Pues, hombre, bien lo podían haber trasmitido por otro conducto,—suspiró el paciente.



—Y dice así el telegrama,—siguió el sabio sin hacer caso del otro:—«Estamos encima, caeremos sobre Inglaterra, somos treinta mil desarmados...»

—Pues, hombre, ¿no volaron con armas y todo?—preguntó el sabio que escuchaba.

—Se debe referir el telegrama á que están desarmados sus cuerpos, vamos, los brazos por un lado, las piernas por otro, etc., etc.

Ya no quisieron saber más aquellos hombres de ciencia, y propagaron la interesante noticia por todas partes.

Todo Londres supo por la prensa que una nube de japoneses estaba sobre la población, preparándose para caer.

Y aquí de los ingleses.

Inmediatamente el Ayuntamiento organizó fiestas para atraer á los forasteros, siendo el principal y más atrayente número del programa, la lluvia de coletas y demás partes de los infelices japoneses.

Las compañías ferroviarias anunciaron grandes rebajas de trenes, y como es natural, Londres se vió repleto de forasteros.

Por cierto, que entre éstos llegó un chico llamado Picardín, el cual aprovechó la baratura del viaje para ver de cerca á la chica de sus pensamientos, esquivando la presencia del padre, el cual le había declarado una guerra sin cuartel.

Y todo porque el muchacho estaba empleado en una sucursal del Banco y no ganaba lo suficiente para apagar la sed de oro de aquel hombre.

Y transcurrieron dos días.

El joven inglés Picardín, hablaba con su novia desde la calle.

Era por la tarde, y sin embargo, llovía. El inglesito, protegido por su paraguas, dirigía á su novia las más tiernas frases de amor.



De repente, se oyó un trueno formidable, se rompieron todos los cristales de las casas y una lluvia de armas, pies, cabezas, manos y otras partes de cuerpos humanos cayeron sobre el pobre chico.

—¡Ya están aquí los japoneses!—gritó cerrando el paraguas.

Al propio tiempo que el padre de la chica asomaba á la puerta de la calle y la emprendía á puntapiés con él, diciendo á la vez:

—Toma, marrano, para que otra vez me llames japonés.

Y es que no se había enterado de lo de la lluvia...

Ni nosotros tampoco.

JOAQUÍN ARQUES



Cuesta cinco francos oirla cantar en el teatro. Yo la oí en su casa y me costó más... ¡Cosas de la vida!



La resurrección de don Juan

I

El famoso burlador de Sevilla, como impulsado por la voluntad imperiosa de un hechicero, abandonó la tumba en que yacía, y luciendo el abigarrado traje del siglo XVI, envuelto en amplia capa roja, cubierta la cabeza con el birrete de terciopelo, guarnecido de plumas y rico ceñidor abrochado por aúrea hebilla, pendiente la espada al cinto, con garboso andar, arrogante aspecto de perdonavidas, fanfarrón y pendenciero, cruzó las tortuosas calles sevillanas, llegó á la estación de San Bernardo y allí, asombrado de lo que veía y asombrando á cuantos le rodeaban, acercóse al despacho de billetes, tomó un àsiento en el *express* y se dirigió á Madrid.

Imposible fuera para mi pobre cacumen, reflejar con exactitud, adecuada frase y concertado estilo, la admiración que causaba en don Juan ver, como en rápido cinematógrafo, pasar ante su atónita mirada los múltiples y variados paisajes de la campiña andaluza, exuberantes de vegetación, ricos en aromas y colores, risueños y alegres como los idílicos jardines del Paraíso.

Imposible también expresar con mis toscas palabras las mil y una interrogaciones que *in mente* hacía don Juan, para encontrar lógica explicación á lo que le ocurría.

—No hay duda,—pensaba.—Brujas malditas me han hechizado, haciéndome purgar los muchos desaguisados que en vida cometiera. Estoy en otro mundo: ¿será quizá el descubierto por aquel noble mareante Cristóbal Colón?... Este modo de viajar resulta cómodo, pero molesta ir encajonado como alimaña enjaulada; ¡rápida marcha en verdad! Ahora no podré decir aquello de:

Salí de Italia por fin,
como os podéis figurar,
con un disfraz harto ruin,

y á lomos de un mal rocín,
pues me querían ahorcar...

A propósito: ¿qué habrá sido de mi lindísima doña Inés? ¿Vivirá don Luis, resucitado, como yo, por arte de encantamiento? El buen capitán Centellas y su compadre Avellaneda, no cabrían en sí de gozo al saber que volvió á la vida, tan brioso como antaño, tan gallardo y calavera, su amigo don Juan Tenorio, aunque encantado; porque lo estoy... ¡vaya si lo estoy!... ¡Magnífico panorama!... Pero qué vestimentas tan ridículas usan estas gentes; lo dicho: ni esto es España, ni las malandantes figuras que me rodean son cosa humana... ¡Hombres, sin espadas al cinto!... No lo entiendo.

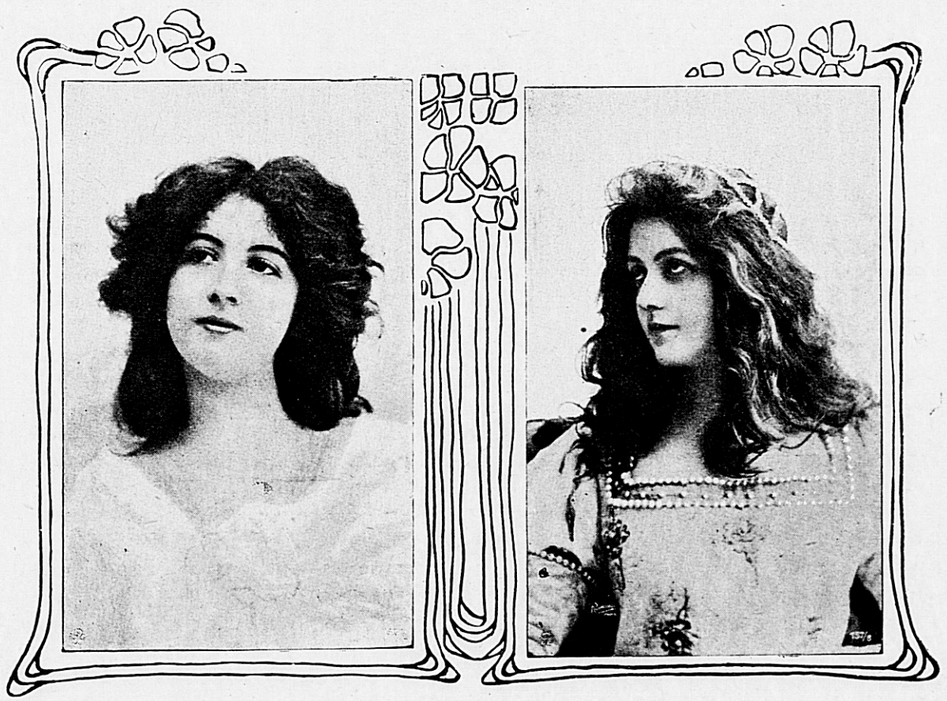
En esas y otras semejantes reflexiones, sorprendió la noche á nuestro héroe, quien, no pudiendo resistir el hastío que le produjera la monotonía de aquel viaje tan exótico para él, quedóse dormido profundamente, para despertar cerca ya de la villa coronada.

Donde apenas puso el pie, dió en manos de una pareja de la benemérita que, con ademanes asaz autoritarios, demandóle la entrega de sus daga, espada y pistolas; como era natural, tratándose de un hombre acostumbrado á no sufrir ancas de nadie, de un caballero que solía decir con arrogancia:

Jamás delante de nadie
mi alta cerviz humille,
ni he suplicado jamás
á mi padre ni á mi rey,

don Juan disparóse en denuestos contra los aturdidos guardias, á quienes acometió, acero en mano, obligándoles á defenderse con los *maüser*, que, amenazadores, apuntaron al audaz aventurero, procurando tenerle á raya.

—Esperad, esperad un poco,—clamaba Tenorio.—No me arredran las bocas de vuestros





El espejo es el mayor enemigo de la mujer guapa

arcabuces y pronto veréis como un hidalgo de mi temple no retrocede ante ninguna empresa, por más que arriesgue su vida en la demanda.

Y sin atender las voces de: *¡alto á la guardia civil!* con que trataban de contenerle, don Juan avanzaba intrépido haciendo brillar la espada herida por los reflejos del sol.

Al ruido de la pendencia llegó gente; acudieron algunos individuos de orden público, y entre todos, con gran trabajo, pudieron desarmar al irritado Tenorio y conducirle maniatado á la delegación del distrito, entre la general rechifla del público novelero que le tachaba de loco y de borracho, sufriendo burlas de unos, insultos de otros, pedradas de éstos y ultrajes de aquéllos... ¡Pobre don Juan!

¡Ah, si él llevara las manos libres y la espada al cinto, no cometiera tanto desafuero en su persona la canallesca ralea que á su costa se divertía, viéndole rendido como león cazado!...

—¡Lléveme el diablo,—pensaba rebosando en ira,—si esto no es obra de mi rival don Luis, que busca así el desquite de aquella partida que le jugué cierta noche, para seducir á doña Ana de Pantoja con su nombre; mis criados le sorprendieron, agarrotándole fuertemente, como ahora me han sorprendido y agarrotado estos villanos miserables... ¡voto á...! ¡Ya las pagará Mejía todas juntas, lo prometo!

Ya delante del delegado, fué Tenorio sometido á minucioso examen, que por lo inaudito y extraño á las ideas y costumbres de don Juan, le pareció insoportablemente indecoroso.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntó el delegado.

—Oiga el mal nacido; aprenda á tratar á gentes de pro por su alcurnia y no abuse de la victoria, agravando con insolencia la desgracia del vencido. Don Juan Tenorio es mi nombre y señoría tengo; sépalo el don Corchete.

Amoscóse el delegado, replicóle Tenorio, trabáronse de palabras y conceptos mal sonantes, vinieron luego á las manos y armóse tal zalagarda que ardían las piedras; llevó el preso la peor parte como debe suponerse por hallarse maniatado, y una vez tranquilo el campo de batalla, don Juan fué trasladado á la presencia del Juez instructor.

Quien tomó á Tenorio por un loco, hízole cambiar de traje y substituir el de trusa, propio nada más, en la edad presente, para representar comedias de capa y espada, por otro de americana, y el emplumado birrete de terciopelo con hebilla de oro y brillantes, por el antipático

bombín, última expresión de la humana ridiculez, ordenando en seguida que fuera conducido en observación al Hospital provincial, como presunto demente.

Pero hete aquí que un día, sin saber cómo ni cuándo, los mozos encargados de asistirle advirtieron que el pájaro había volado; inútiles fueron las pesquisas hechas para dar con su paradero, y algún tiempo después, nadie recordaba ya las extravagantes calaveradas del estrafalario personaje. Por aquel entonces ocurrió que la hermana Concepción del Espíritu Santo, de servicio en el benéfico establecimiento, cayó enferma, según rumores, á causa de un susto mayúsculo que el loco habíale proporcionado la noche de su fuga, en la forma extraordinaria que verá quien leyere.

(Se continuará)

LUIS FALCATO

Cañitas

Mira tú como mentimos:
Ayer casi dije á un tiempo:
—Que pena. —Me alegro mucho
—Mi parabien y... —Lo siento.

—

Niditos en el tejado...
¡Ay, cuántas cosas me dicen
que yo en mi vida he gozado!

—

Aprendí de niño, un cuento
que no olvidaré en mi vida:
«Si haces bien, te juzga Dios,
y si haces mal, la Justicia.»

—

Al juzgarte tengo en cuenta
lo que no ha tenido nadie.
Tú eres digna de perdón,
que te abandonó tu madre...

—

El mundo se para en seco
cuando pasa mi morena.
Pero entonces son los hombres
los que empiezan á dar vueltas.

—

El dinero es mi enemigo.
Por eso contadas veces
le verás que esté conmigo.

—

Hay gente que da limosna,
si ve que la están mirando.
que es lo mismo que anunciar
y pagar luego el reclamo.

—

Siempre ha sido la guitarra
la mejor de mis amigas.
Canta todo lo que quiero.
Calla sin que se lo diga.

—

La gente me llama tonto,
porque casi no hablo nunca.
Y es que la gente no sabe
que el hablar á mí me asusta.

—

Yo soy feliz porque sigo
lo que mi madre cantaba:
—Mujer joven, vino viejo
y amigos... fuera de casa.

—

Hay quien llora de tristeza
y no ha salido de España.
El que ha dejado este cielo,
llora al ver una guitarra.

Vestida de blanco,
metida en tu caja,
y las cuatro luces, á mi pobre madre
cómo la alumbraban.

Ya se la llevaron,
ya no queda nada.
¡Qué alegría más grande en la Gloria
tener otra santa!

J. ENRIQUE DOTRES



Porque se contempla, y claro, se agrada



Piensa después en la inmortalidad del cangrejo,

APUNTES DEL NATURAL

—

Uno de tantos

I

(En una de las calles céntricas de Madrid, dos pollitos bien trajeados y con bastón flexible.)

CHICO, la verdad, en cuanto llega este tiempo me aburre Madrid soberanamente.

—Pues ¿y á mí?

—¡Claro! A ti te sucederá lo mismo. Parece que al venir el calor los ojos se hastían de ver siempre los mismos lugares.

—Y es natural que en el *estío* se *estíen* ó *hastíen* los ojos... y todo.

—Vamos, Rafael; no hagas chistes malos.

—Mientras no los hagas tú buenos, tienen que pasar los míos.

—Pues da gracias á que estamos solos; que si estuvieran aquí unos cuantos amigos, te llevabas la gran ovación. Pero, mira que muchacha más hermosa viene por ahí.

—¡Admirable! ¡Vaya una niña! Pocas se ven ahora de esta clase.

—Es de lo más bonito que se ve. Mírala... ¡Olé los luceros brillantes, y olé las bellezas plásticas! Oiga usted, prenda... Chico, perdóname. Yo voy á seguirla, á ver si adelanto algo. Conque, hasta mañana, Rafael.

—Adiós, Enrique; hasta mañana. ¡Que tengas suerte!

II

(En una calle poco concurrida. Enrique sigue tras de la joven.)

—Pero no corra usted tanto, vida mía. ¿Es que no quiere usted escucharme? ¡Si tengo yo que decirle una porción de cosas dulces!... Oiga usted, reina, angelito precioso, oiga usted...

—Cállese ya, que parece usted un abejorro de mala sombra.

—¿Yo abejorro? Lo que soy es un hombre que la quiere á usted una barbaridad.

—Bueno, pues hágame el favor de no seguirme más, que no necesito lacayo.

—¡Si es que tiene usted que quererme, vida mía!

—Es usted muy feo, joven, y muy patoso.

—Para eso usted es muy bonita y muy graciosa.

—Ya lo sé. Por lo mismo...

—Por lo mismo, me empeño yo en que usted me atienda. Y ha de atenderme usted y ha de aceptar este montón de cariño que yo le ofrezco.

—¿Sabe usted lo que le digo?

—¿Qué?

—Que no pienso inaugurar ningún establecimiento, y que está de más la murga. Conque... á ver si pué ser que ahueque usted el ala.

—Pero, ¡qué carita tiene usted! Tiene usted toda la cara de una imagen preciosa.

—Sí, y usted tiene too el tipo de un lapicero con goma de borrar.

—Vamos, niña, no sea usted tan mala conmigo. ¿Usted sabe lo que yo la quiero?

—¿Y usté sabe lo que me está cansando ya? ¡Camará! Es usted más pesao que un casero viejo.

(Enrique se aproxima á la joven. En seguida se oye un ruido seco, como el que produce un abanico al chocar violentamente con la cara de una persona. Detiénese el intrépido conquistador; sus mejillas se coloran y se abate su ánimo, renunciando á proseguir el asalto. Una alegre carcajada de sonoridad burlona va desvaneciéndose poco á poco.)

III

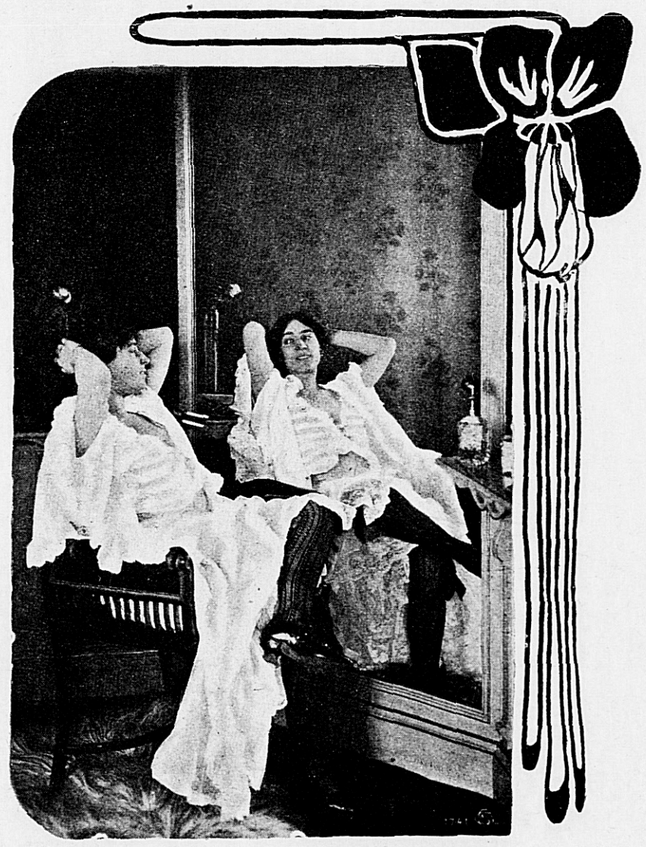
(Al día siguiente, en el paseo de Recoletos, de Madrid. Rafael y Enrique andan con lentitud, haciendo molinetes con sus flexibles bastones.)

—¡Ah! Dime, Enrique: ¿qué tal salió la conquista de ayer?

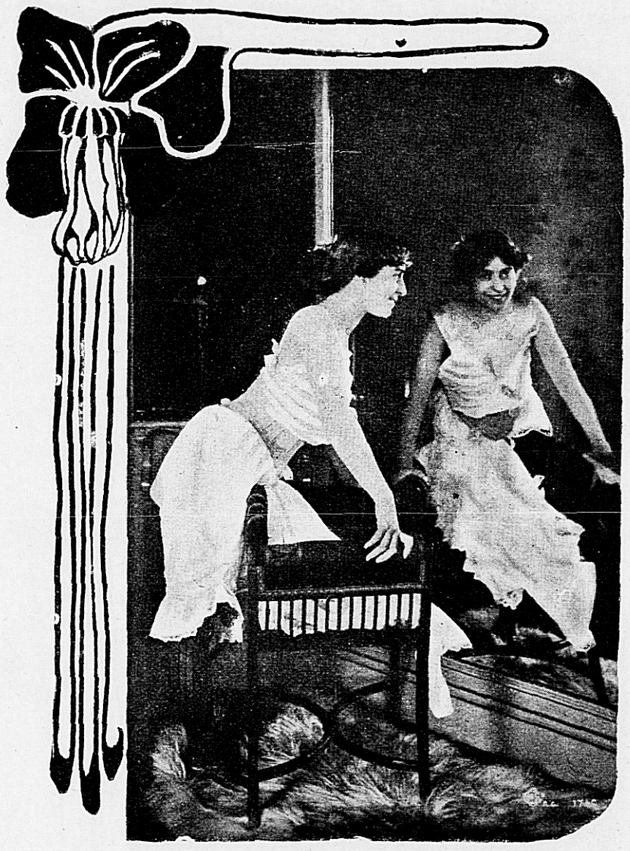
—Es verdad que no te he dicho... *(Sonriendo, con aire de triunfo)*. ¡Oh! Pues á las mil maravillas, chico. Ya sabes que me puse á seguirla. Bueno, pues la muchacha empezó á poco á coquetear y y timarse conmigo.

—¡Qué suerte tienes!

—Yo... ¡claro! iba diciéndole cosas, y ella se sonreía con la mar de gracia... Yo, al momento me dije: «¡Esta ya es mía!» Efectivamente; me coloqué á su lado, muy junto, muy junto; nos miramos... hablamos... y nos entendimos...



Y luego siente estar sola



Terminando por hacer la mar de monerías

—Nada, que tienes más suerte que quieres.

—La acompañé hasta su casa, hubo cita para la noche, y... excuso decirte lo demás.

—¡Eso es ser afortunado!

—Pusimos en práctica todo el vocabulario amoroso.

—Quisiera saber cómo te arreglas para...

—Muy sencillo. Es cuestión de saber decir cosas; es cuestión de labia.

—Chico, te envidio de veras.

—Pues mira, Rafael, á veces se cansa uno de ser tan... afortunado.

JOSÉ PAREJA

ANÉCDOTA. — Un cursante de primer año de filosofía, en la Universidad de Valladolid, escribió á su padre la siguiente carta, que por su originalidad insertamos, así como la contestación de este último:

«Querido padre: Escribo á usted el *lunes*, para que llegando ésta á sus manos el *martes*, haga usted el *miércoles* las diligencias precisas para enviarme algún dinero el *jueves*, á fin de que yo lo reciba el *viernes*, porque si no, tomo un caballo el *sábado*, y me veré con usted el *domingo*. De usted su apasionado hijo,—CIRIACO.»

«Mi querido hijo: A tu carta del *lunes*, recibida el *martes*, contesto el *miércoles*, para que sepas el *jueves*, que no tendrás dinero el *viernes*, y que, si tomas un caballo el *sábado*, te desengañarás el *domingo*, de que no siendo ni domingo, ni sábado, ni viernes, ni jueves, ni miércoles, ni martes, ni lunes, cualquier otro día estará mi bolsillo á tu disposición. Tu padre,—ANACLETO.»

Átomos

Al ver tu boca, una encarnada rosa,
sus pétalos cerró;
cien veces la juzgó más que ella hermosa,
y de pesar murió.

No te olvides de mí, ya que mi mente
piensa, mi bien, en ti,
como piensa en el puerto el navegante,
como piensa en la dicha el infeliz.

L. CINCOÉS RUIZ

APUNTES CÓMICOS

POR Olivier



Pasos nuevos que conducen á la felicidad y á la inspección del distrito.



—Ya lo sabes, á las diez iré á verte yo solo.
—Y con las cien pesetas.



Los consejos de la madre de una *segunda* tiple, suelen ser de *primera*.



—Dos copitas para una sola. ¡Aquí hay gato!



¡Uf! ¡Qué calor!



Ya estoy más fresca, ¿y ustedes?

Dar en el clavo

Cada vez que se avecina la espléndida primavera y veo que cualquier mortal ó *mortala*, después de preparar la maleta y demás chirimbolos toma el tren para un punto veraniego, con el solo y único objeto de resacirse del manantial de salud derrochado en bacanales y orgías, acude á mi memoria con caracteres imborrables la historia que oí contar de labios de un amigo mío y que yo, contando con su venia y la bondad de los lectores de La Saeta, voy á repetir.

Nos encontrábamos cinco amigos matando el tedio, como de costumbre, en un café de una capital, llamémosle J (siempre no ha de ser H), y apenas si nos encontraríamos en él cosa de media hora, la que invertimos en saborear el aromático moka que nos habían servido, vimos con admiración entrar en el café á una mocita alta ella, de cabellos de ópalo tan coquetonamente peinados que, descolgándose graciosamente por sus sienes en dos rizosos bucles, realzaban poderosamente su impecable belleza; tenía los ojos negros y rasgados de un mirar tan voluptuoso que mataban, y á todo este conjunto de gracias unía unas pomposidades tan exuberantes y tentadoras que ver á ella y soñar con el séptimo cielo de Mahoma todo era uno; iba acompañada de una mujer ni alta ni baja y un poco rechoncha que, á juzgar por la edad y sus rasgos fisonómicos que coincidían bastante con los de la muchachita, debía de ser su madre.

Al principio, cosa natural, todos vimos en aquella hurí lo que se dice una mocita de buten de las que entran pocas en libra; pero completamente nueva y desconocida para nosotros; mas de pronto y aun no estarían madre é hija á cuatro pasos de la mesa donde todos nosotros las atisbábamos, Gregorio, uno de mis amigos, sonriendo de placer, se levantó del asiento, y adelantándose hasta la pareja estrechó cariñosamente sus manos y ofrecióles asiento á nuestro lado. Radiantes de alegría ante aquel prodigio de hermosura que la casualidad nos ponía tan cerca y hechos todos cortesía y amabilidad, nos pusimos en pie saludándola con una ligera inclinación de cabeza y una cariñosa sonrisa que fué contestado por madre é hija de igual forma.

Les ofrecimos asiento, les obsequiamos á café y demás.

Con nosotros permanecieron cosa de una hora, y que á nosotros nos pareció un segundo, durante la cual se habló por los codos de todo y en particular de la enfermedad que según la buena señora había sufrido su hija y que nos refirió con todo el lujo de detalles.

—Mi entrañable Juanita (así se llamaba aquel prodigio de criatura),—decía la autora de sus días,—creíamos no verle ya más esos ojos tan zaragateros que Dios le ha dado, ese carmín que constantemente tiñe sus aterciopeladas mejillas, y esa lozanía que se desborda por todos sus poros se había trocado en aquel tiempo por unos ojos tan tristones y apagados, por una lividez de muerte tan rara



Todas las noches se deja mi vecina la ventana abierta. ¡Dios le dé mosquitos y á mí paciencia para ver ciertas cosas!

y por un empobrecimiento tal de vida que la teníamos completamente desconocida: aquella no se parecía en nada á la que ahora ven. Por la salud y la vida de ella, que estimo más todavía que la mía, corrí de ceca en meca, consulté con los más afamados galenos habidos y por haber, y vista la ineficacia de mis esfuerzos y media tarumba de tanto sufrir, determiné llevármela fuera de la capital, alejarla completamente de la insana y fétida atmósfera esta y ver si en la soledad del campo, respirando libremente el aire puro del mismo, podía arrancarla de las garras de la muerte que, según los médicos, la tenía; y así lo hice, resultando tan fructíferos mis planes que al cabo de diez días justos de aislamiento y quietud se operó tan maravilloso cambio en mi Juanita que ahí la tienen ustedes respirando salud y chorreando hermosura por los cuatro costados. Y créanme ustedes,—añadió con cierto aire de petulancia,—desde entonces me he convencido de que en las enfermedades, como en todo lo de este pícaro mundo, no hay peritos que valgan; la casualidad y nada más que la casualidad es la gran resolvedora de todas las cosas...

Nosotros asentimos con un movimiento de cabeza, y la buena señora, halagada sin duda por aquella muestra de adhesión, continuó:

—Si la casualidad nos permitiera acertar siempre en lo que nos proponemos seríamos indudablemente los seres más felices de la creación; pero por desgracia no nos cabe otro remedio que ajustarnos en todo á lo del refrán á «dar una en el clavo y cien en la herradura»; y no se vayan ustedes á creer,—añadió antes no la objetaran,—que lo digo por mi Juanita, no, pues en cuanto á lo que á ella se refiere puedo asegurarles que en el caso que acabo de contar ha dado en el *mismísimo clavo*.

Hasta aquí todo anduvo como sobre ruedas, es decir, no ocurrió nada que turbara aquella cordialidad espontánea que á todos nos unía; pero apenas se despidió la pareja de nosotros y aun no estarían á dos pasos de nuestra mesa, Gregorio, el amigo que antes se adelantó á recibirlas y que por lo que deducimos de cuanto allí se habló las conocía desde hacía poco tiempo, soltó el trapo en tan estrepitosas carcajadas que nos dejó poco menos que asombrados.

—¿Pero qué ocurre?—nos preguntamos todos á la vez, viendo á nuestro amigo destornillarse de risa como un energúmeno.—¿Hay algo en lo que acaba de decir esa señora digno de tal suerte?

Gregorio, haciendo inauditos esfuerzos para atajar aquellas risotadas que involuntariamente se escapaban por su boca, contestó:

—Ya lo creo que hay.

—Cuenta, pues,—le dijo un servidor de ustedes.

—¡Que lo cuente, que lo cuente!—gritaron á coro los demás.

—Ahí va pues.

Acercamos nuestras sillas hacia la mesa, estrechando más el círculo que nos separaba de ella y con la curiosidad pintada en nuestros semblantes nos hicimos todo oídos.

Gregorio refrescó su paladar con senda copa de agua, encendió un cigarrillo y después de contemplar por breves momentos las suaves espirales del humo del mismo que caprichosamente se retorcían por el espacio, empezó diciendo:

—No se vayan ahora á creer ustedes de que mis propósitos al referirles lo que les voy á referir es el de echar abajo las afirmaciones puestas en pie por la bondadosa madre de Juanita referentes al prodigioso restablecimiento de su hija; nada de eso; yo soy el primero en asegurar que le sobra razón hasta por encima de los pelos para decir que su hija dió en este caso en el mismo clavo; pero sí pretendo, y para ello os pido una migaja de atención y mucha reserva, levantar un poco el tupido velo que cubre esta historia, seguro de que me lo agradeceréis infinito.

—Venga de ahí,—interrumpió uno.

Para abreviar un poco, pues de otro modo sería esto el cuento de nunca acabar, y omitiendo aquello que ya sabéis de que si la chiquilla, por A ó por B, se encontraba en tal ó cual estado de salud, que los médicos le aconsejaron esto, aquello, ó lo de más allá, y otros detalles por el estilo que harían demasiado pesada esta historia, pongamos de un salto á las atribuladas heroínas de nuestra ídem en el pintoresco pueblo de X, muy concurrido en esta época por la alta sociedad madrileña y donde, según ha confesado la madre de Juanita, dió ésta en el clavo al recuperar la salud y *frescura* de que tan necesitada se encontraba. La parejita, como es consiguiente, después de arreglada que tuvo la habitación que por módico precio alquilaron, se lanzaron con toda la fe del mundo á poner en práctica el plan que llevaban preconcebido y que, según ellas, había de devolver á Juanita la salud perdida, y, hoy á paseo, mañana al baño y de bureo el otro, iba corriendo el tiempo hasta que, *¡rara avis!*, la casualidad, la gran resolvedora, como la llama la madre de Juanita, en forma de un mocetón guapo y bien plantado, poniendo sus amorosos ojos en la paciente, la que correspondió *ipso facto*, añadió en él, con gran regocijo de madre é hija, algunas innovaciones.



Lolita Carmendi (Coupletista)

En un principio hicieron los tórtolos estos, lo que han hecho, hacen y harán siempre todos los demás: protestas de ardiente amor, miraditas arrobadoras, suspiros entrecortados, besos calcinantes y todo ese repertorio de sabrosos hechizos con que los enamorados suelen prolonguear su historia de amor; pero como todo tiene su fin en este mundo, lo tuvieron también estos arrullos, y cierta noche en que la cándida señora, mareada por los vapores del champagne con que quiso solemnizar su fiesta onomástica, quedóse dormida como un tronco; la parejita, abrasada como nunca por un deseo volcánico que se delataba desde hacía tiempo con suspiros hondos y demás, rompieron la frágil valla de la prudencia que les sujetaba, y borrachos de pasión, unidos en estrecho abrazo, rodaron al abismo... Borracheras y rodadas que se sucedieron tan á menudo y produjeron tan excelente efecto en la preciosa enfermita, que al cabo de ocho días se encontraba respirando salud y chorreando hermosura por los cuatro costados...

—Y ahora,—terminó sonriendo maliciosamente nuestro amigo,—hagan ustedes el favor de decirme si le sobraba razón ó no á la madre de Juanita al asegurar que su simpática chiquilla había dado en el *clavo*.

Una estrepitosa carcajada fué la contestación más elocuente que pudimos dar á nuestro amigo.

E. BERNABEU TORREGROSA



Calería de bellezas: (26 de la serie

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes

que pueden remitirse en sellos de correo.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA

ROMÁN GIL-EDITOR

PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna. — Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas.*-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas.

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.
Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.
El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.
Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 id.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 id.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 id.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 id).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 id.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.--BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.